

A painting depicting a rural scene of wheat harvesting. In the foreground, two men are working in a vast field of golden wheat. One man, wearing a light-colored shirt and a wide-brimmed hat, is bent over, using a scythe to cut the wheat. The other man, in a dark shirt, stands slightly behind him, holding a large bundle of harvested wheat. The field extends to the horizon, where a few trees and a small building are visible under a pale, overcast sky. The overall mood is one of quiet, traditional labor.

**Lejos del
mundanal ruido**

Thomas Hardy

Bathsheba Everdene, una muchacha con una sonrisa «de las que sugieren que los corazones son cosas que se pierden y se ganan», hereda, a la muerte de su tío, la mayor granja del pueblo de Weatherbury. Tres hombres rondan a esta joven propietaria, «fuerte e independiente», que sin duda está en situación de elegir: el pastor Gabriel Oak, empleado suyo tras un desafortunado intento de independizarse, y que padece con silencioso aplomo su diferencia de posición; el hacendado Boldwood, un rico y maduro solterón, algo oscuro y poco delicado, pero capaz de amar con una intensidad imprevisible; y el sargento Francis Troy, apuesto, acostumbrado a los favores del mundo, conquistador. Bathsheba puede elegir, pues, y elige... aunque en poco tiempo habrá de descubrir que ha renunciado «a la sencillez de su vida de soltera para convertirse en la humilde mitad de un indiferente todo matrimonial».

Lejos del mundanal ruido (1874) no es sólo un formidable retrato de una heroína victoriana que sabe que «es difícil para una mujer definir sus sentimientos en un lenguaje creado principalmente por el hombre para expresar los suyos». Es también un fresco pastoril de resonancias shakespearianas, donde el paisaje y la historia, la naturaleza y la cultura, mantienen un diálogo tenso y complejo, lleno de pequeñas sutilezas e ironías. Thomas Hardy alcanzó con esta novela su primer gran éxito, y también la que quizá sea la más amable de sus obras maestras.

Nota al texto

Lejos del mundanal ruido se publicó por entregas en la revista *Cornhill*, de enero a diciembre de 1874. En noviembre apareció en forma de libro, en dos volúmenes (Smith, Elder and Co., Londres), y fue reimpresa siete veces antes de que acabara el año. Hardy reunió y revisó sus novelas dos veces en su vida: la primera, en la edición conocida como *Wessex Novels* (1895-1896), en dieciséis volúmenes; posteriormente, en la llamada *Wessex Edition* (1912), en veinticuatro volúmenes, donde incluyó su obra completa en prosa y verso. Sobre el texto de esta última edición se basa la presente traducción.

Guía de topónimos de Wessex

TOPÓNIMO DE HARDY	TOPÓNIMO REAL
<i>Abbot's-Cernel</i>	Cerne Abbas
<i>Abbotsea</i>	Abbotsbury
<i>Aldbrickham</i>	Reading
<i>Alfredston</i>	Wantage
<i>Anglebury</i>	Wareham
<i>Badbury Rings</i>	Colina cercana a Wimborne Minster
<i>Budmouth</i>	Weymouth
<i>Bulbarrow</i>	Colina cercana a Sturminster Newton
<i>Casterbridge</i>	Dorchester
<i>Chalk-Newton</i>	Maiden Newton
<i>Chaseborough</i>	Cranborne
<i>Christminster</i>	Oxford
<i>Cresscombe</i>	Letcombe Basset
<i>Damer's Wood</i>	Came Wood, cerca de Dorchester
<i>Dogbury</i>	Colina cercana a High Stoy
<i>Durnover</i>	Fordington
<i>Egdon Heath</i>	Conjunto de los brezales

	entre Bournemouth y Dorchester
<i>Emminster</i>	Beaminster
<i>Evershead</i>	Evershot
<i>Exonbury</i>	Exeter
<i>Fensworth</i>	Letcombe Regis
<i>Flintcomb-Ash</i>	Nettlecombe-Tout
<i>Greenhill</i>	Woodbury Hill, cerca de Bere Regis
<i>Hope Cove</i>	Church Hope
<i>Kennetbridge</i>	Newbury
<i>Kingsbere y King's-Bere</i>	Bere Regis
<i>Leddenton</i>	Gillingham
<i>Longpuddle</i>	Piddlehinton (también lla- mado por Hardy <i>Upper Longpuddle</i>)
<i>Lulwind Cove</i>	Lulworth Cove
<i>Lumsdon</i>	Cumnor
<i>Marlott</i>	Marnhull
<i>Marygreen</i>	Fawley
<i>Melchester</i>	Salisbury
<i>Mellstock</i>	Stinsford y Lower y Hi- gher Bockhampton
<i>Middleton Abbey</i>	Milton Abbas
<i>Nether-Moynton</i>	Overmoigne
<i>Norcombe Hill</i>	Colina cercana a Toller Down
<i>Nuttlebury</i>	Hazelbury Brian
<i>Oxwell Hall</i>	Poxwell
<i>Port-Bredy</i>	Bridport
<i>Pos'ham</i>	Portisham

<i>Quartershot</i>	Aldershot
<i>Rainbarrow</i>	Rainbarrows, montículo al norte de la carretera que va de Dorchester a Wareham
<i>Ridgeway</i>	Carretera entre Dorchester y Weymouth
<i>Roy-Town</i>	Troy Town
<i>St Aldhelm's Head</i>	St Alban's Head
<i>Sandbourne</i>	Bournemouth
<i>Shaston</i>	Shaftesbury
<i>Sherton</i>	Sherborne
<i>Shottsford y Shottsford Forum</i>	Blandford
<i>Stoke-Barehills</i>	Basingstoke
<i>Stourcastle</i>	Sturminster Newton
<i>Upper Longpuddle</i>	Piddlehinton
<i>Weatherbury</i>	Puddletown
<i>Wellbridge</i>	Wool
<i>Wintonchester</i>	Winchester
<i>Yalbury Wood</i>	Yellowham Wood

Prólogo del autor a la edición de 1912

Llegado el momento de reimprimir esta historia para una nueva edición, se me recuerda que en los capítulos de *Lejos del mundanal ruido* publicados mensualmente en una revista muy popular^[1], me aventuré por vez primera a extraer el nombre de «Wessex» de las páginas de la temprana historia de Inglaterra y concederle una importancia ficticia como nombre real del distrito antaño incluido en el extinto reino^[2]. Comoquiera que la serie de novelas que yo tenía en mente correspondía al género llamado local, me veía obligado a encontrar definición territorial que dotase de unidad al escenario. Tras comprobar que un único condado no proporcionaba un lienzo de dimensiones adecuadas para mis propósitos, y vistas las objeciones al nombre inventado, opté por exhumar el antiguo. La región era sólo remotamente conocida, e incluso personas cultas me preguntaban a menudo dónde se encontraba. La prensa y el público tuvieron no obstante la amabilidad de acoger con entusiasmo el extravagante plan, y aceptaron de buen grado el anacronismo de concebir una población de Wessex durante la época de la reina Victoria: un Wessex moderno, con ferrocarril y banco, con máquinas para la siega y la cosecha, con sedes sindicales, fósforos, trabajadores que no sabían leer ni escribir y niños que asistían a las escuelas públicas. Y creo no equivocarme al afirmar que, hasta el momento en que la existencia de este Wessex contemporáneo que ocupaba el lugar de los antiguos condados fue anunciada en la presente historia, en 1874, rara vez se había mencionado el

nombre, en la ficción o en la vida real, y que la expresión «un campesino de Wessex» o «una costumbre de Wessex» nunca se había usado para referirse a nada posterior a la conquista normanda.

No imaginé que este uso del término en la historia moderna pudiera extenderse más allá de las páginas de estas crónicas. Pero lo cierto es que no tardó en ser adoptado por otros, en primer lugar por el hoy difunto *Examiner*, que, en su edición del 15 de julio de 1876, titulaba como «El trabajador de Wessex» un artículo que resultó ser no una disertación sobre las tareas agrícolas durante la Heptarquía^[3], sino sobre el campesino moderno de los condados del suroeste del país.

Desde ese momento, el nombre que yo había pensado reservar para los horizontes y paisajes de un territorio en parte real, en parte imaginario, se ha popularizado cada vez más como definición provincial, mientras que la región imaginada se ha ido solidificando gradualmente hasta convertirse en un espacio que la gente puede visitar, en el que puede instalarse y desde el que puede escribir cartas a los periódicos. Pido no obstante a los lectores amables e idealistas que olviden este hecho y rechacen la creencia de que hubo habitantes de un Wessex victoriano fuera de estas páginas en las que se detallan sus vidas y sus conversaciones.

Por otro lado, el pueblo llamado Weatherbury, en el que transcurren la mayoría de las escenas de la presente historia de esta serie de novelas, difícilmente podría reconocerlo el explorador, sin ayuda, en alguno de los lugares existentes en la actualidad, si bien, en el momento en que esta narración fue escrita, habría sido sencillo reproducir con realismo tanto los lugares como a los personajes que en ella se describen. Por fortuna, la iglesia se conserva intacta y en su estado original, al igual que algunas de las casas antiguas; pero la vieja destilería, tan característica de la antigua parroquia, ha desaparecido en el curso de los últimos veinte años, tal como ha sucedido con la mayoría de las casitas

con buhardillas y tejados de paja que en otro tiempo fueron viviendas. La casa de la heroína, que data de la época jacobea, se desplaza en la ficción como por arte de magia algo más de dos kilómetros con respecto a su ubicación actual, pese a lo cual sus características se describen tal como siguen viéndose a la luz del sol y de la luna. El juego del rescate, que hasta hace no mucho tiempo parecía gozar de una vitalidad eterna, a diferencia de otros ya caídos en desuso, es hoy, por lo que he podido comprobar, absolutamente desconocido para las nuevas generaciones infantiles. La práctica de la adivinación a través de la Biblia, la enorme importancia que se atribuía a las tarjetas de amor que se enviaban el día de san Valentín, la fiesta del esquileo, los vestidos largos de las campesinas, decorados con nido de abeja, y la cena de celebración del fin de la cosecha, casi han desaparecido por completo, al igual que las casas. Y se dice que con todo ello se ha perdido también en buena medida ese gusto por el beber en exceso que en otro tiempo hiciera famoso a este pueblo. Todo ello ha acrecentado la reciente suplantación de la clase de los campesinos estables, portadores de las tradiciones y del temperamento local, por una población de trabajadores más o menos itinerantes, con lo que se ha abierto una brecha en la continuidad de la historia local de fatales consecuencias para la conservación de la leyenda, el folklore, los estrechos vínculos sociales y los personajes pintorescos, pues la condición indispensable para la pervivencia de estos factores es el arraigo a la tierra generación tras *generación*.

Capítulo I

Descripción del Hacendado Oak — Un incidente

Cuando el Hacendado Oak sonreía, las comisuras de los labios se le abrían hasta quedar a una insignificante distancia de las orejas; los ojos se le achinaban y aparecían en torno a éstos arrugas divergentes que se extendían por el rostro como los rayos de un tosco boceto del sol naciente. Su nombre de pila era Gabriel, y en los días laborables era un joven de creencias sólidas, disposición favorable, indumentaria decorosa y, en general, de buen carácter. Los domingos, sus ideas se tornaban difusas, se mostraba proclive a posponer las cosas y se encontraba incómodo con su paraguas y sus mejores ropas: en conjunto, se sentía llamado a ocupar moralmente ese vasto territorio intermedio de neutralidad laodicea^[4] que se extiende entre los fieles de Comunión y los bebedores; es decir, que Gabriel iba a la iglesia, pero bostezaba con disimulo cuando la congregación recitaba el Credo Niceno^[5], y pensaba en lo que habría para cenar en lugar de escuchar el sermón. Sucedió que, según la opinión pública, cuando sus amigos y sus detractores se cogían un berrinche, Gabriel era más bien un mal hombre, mientras que cuando estaban de buenas era más bien un buen hombre; y cuando no sentían ni lo uno ni lo otro, era un hombre cuyo tinte moral podía considerarse una mezcla de sal y pimienta.

Comoquiera que vivía seis veces más días laborables que domingos, la apariencia de Oak, con sus ropas viejas, resultaba de lo más peculiar, y la imagen mental que de él se formaban sus vecinos correspondía siempre a este modo de vestir. Llevaba un sombrero de fieltro de copa baja que se desplegaba en la base ciñéndose firmemente a la cabeza para mayor seguridad en los días de viento, y un abrigo como el del doctor Johnson^[6]; enfundaba las piernas en pantalones y botas de cuero de extraordinario tamaño que ofrecían a cada pie un espacioso habitáculo, construido de tal modo que quien lo calzase podía permanecer el día entero dentro de un río sin notar en absoluto la humedad, pues su fabricante era un hombre riguroso y empeñado en compensar cualquier defecto del corte con solidez y dimensiones generosas.

Oak usaba, a modo de reloj de pulsera, lo que podría llamarse un pequeño reloj de plata; dicho de otro modo, que era un reloj de pulsera en cuanto a su forma y su función, y un pequeño reloj de consola en cuanto a su tamaño. El objeto en cuestión era varios años mayor que el abuelo de Oak y tenía la peculiaridad de adelantar en exceso o de no funcionar. La manecilla más pequeña se salía a veces del pivote, de tal suerte que, si bien marcaba los minutos con precisión, nadie podía tener la certeza de la hora a la cual correspondían. Oak remediaba la tendencia de su reloj a pararse con golpes y sacudidas, y evitaba las consecuencias nocivas de los otros dos defectos mediante continuas comparaciones y observaciones del sol y las estrellas, además de pegando la cara a las ventanas de sus vecinos, hasta que lograba discernir la hora señalada por los relojes de esfera verde que había en las viviendas. Es preciso mencionar que el reloj de bolsillo de Oak no era de fácil acceso, en razón de su elevada posición en la cinturilla de los pantalones (situada a su vez a una altura excesiva por debajo del chaleco), y que para sacarlo se veía obligado a echar el cuerpo hacia un lado, apretar los labios y la cara hasta formar una

masa informe de carne rubicunda, como consecuencia del esfuerzo, y tirar del reloj sujetándolo de la cadena, tal como se saca un cubo de un pozo.

Pero las gentes serias, las que lo habían visto pasear por alguna de sus tierras determinada mañana de diciembre, en un día soleado y en exceso suave, eran capaces de apreciar otros aspectos de su persona. Se advertía en su rostro que muchos de los tonos y los rasgos de la juventud habían quedado grabados hasta la edad adulta, e incluso conservaba ciertas reliquias de la niñez en los lugares más recónditos. Su estatura y ancha complexión bastaban para que su presencia resultase imponente, caso de ser expuestas con el debido respeto. Pero hay algo que distingue a ciertos hombres, campesinos y urbanos por igual; algo de lo que su espíritu es más responsable que su cuerpo o su fuerza: y es la manera de reducir sus dimensiones por el modo de mostrarlas, y esa callada modestia que podría convertirse en vestal y que parecía imprimir de continuo en su físico la idea de que Gabriel carecía de grandes ambiciones mundanas. Caminaba con sencillez, con una inclinación apenas perceptible, aunque apreciable en el arco de los hombros. Esto podría pasar por un defecto en un hombre cuando su valía depende más de su aspecto que de su capacidad para vestir bien, capacidad de la cual Gabriel carecía.

Había alcanzado ese momento de la vida en que «joven» deja de ser el calificativo de «hombre» cuando se habla de uno. Se encontraba en la plenitud de su desarrollo masculino, pues su intelecto y sus emociones se hallaban claramente diferenciadas: había pasado la edad en la que la influencia de la juventud mezcla indiscriminadamente ambas cosas, produciendo un carácter impulsivo, pero aún no había alcanzado esa otra en la que vuelven a conciliarse para producir un carácter aprensivo, por la influencia de la esposa y la familia. En resumidas cuentas, tenía veintiocho años y estaba soltero.

El campo en el que se encontraba esa mañana ascendía hasta un risco llamado Norcombe Hill. Por un espolón de la colina discurría la carretera entre Emminster y Chalk-Newton. Al mirar distraídamente por encima del seto, Oak vio un carro que bajaba por la pendiente, pintado de amarillo y alegremente decorado, tirado por dos caballos, y al carretero que caminaba junto al carro y sostenía un látigo en posición perpendicular. El carro iba cargado de macetas y enseres domésticos, y en lo alto iba sentada una mujer, joven y atractiva. No llevaba Gabriel más de medio minuto contemplando esta imagen cuando el vehículo se detuvo justo delante de sus ojos.

—La puerta trasera se ha caído, señorita —anunció el carretero.

—Creo que la oí caer —respondió la muchacha, con voz suave aunque no especialmente baja—. Mientras subíamos por la colina oí un ruido que no pude identificar.

—Iré a buscarla.

—De acuerdo.

Los obedientes caballos permanecían completamente inmóviles, y los pasos del carretero sonaban cada vez más débiles en la distancia.

La muchacha no se movía del sitio, rodeada de mesas y sillas con las patas hacia arriba, recostada en un respaldo de roble, entre macetas de geranios, mirtos y cactus, además de un canario enjaulado, todo lo cual probablemente había ocupado las ventanas de la casa que acababa de abandonar. Había también un gato en una cesta de mimbre, que atisbaba con los ojos entornados por entre la tapa ligeramente abierta y observaba con interés los pajarillos que revoloteaban alrededor.

La atractiva muchacha esperó con aire ausente y sin moverse, mientras el único sonido audible en la quietud del lugar eran los brincos del canario por los barrotes de su prisión. De pronto, la muchacha bajó la vista con gran interés. No miraba el pájaro, ni el gato, sino un paquete oblongo

envuelto en papel. Volvió la cabeza para comprobar si el carretero estaba de vuelta. Aún no se le veía. Los ojos de la muchacha volvieron a deslizarse hacia el paquete, al parecer pensando en su contenido. Finalmente se lo puso en el regazo y desató el envoltorio de papel; el paquete contenía un pequeño espejo basculante, donde la joven se observó con atención. Separó los labios y sonrió.

Era una hermosa mañana, y el sol teñía con un brillo escarlata la chaqueta carmesí de la muchacha, bañando con un lustre suave su rostro luminoso y su pelo oscuro. Los mirtos, los geranios y los cactus amontonados a su alrededor eran frescos y verdes, y en una estación tan desnuda dotaban al conjunto integrado por los caballos, el carro, los muebles y la muchacha de un peculiar encanto primaveral. Nadie sabe qué era lo que la incitó a realizar tales aspavientos ante la visión de los gorriones, los mirlos y el invisible granjero, que eran los únicos espectadores, ni tampoco si la sonrisa empezó siendo artificial, con la intención de comprobar sus facultades en este arte, aunque ciertamente terminó siendo auténtica. Se ruborizó y, al darse cuenta, se ruborizó aún más.

El cambio del lugar habitual y la ocasión oportuna para realizarla —desde la hora de vestirse en un dormitorio hasta la hora de salir por la puerta— confiere a una acción tan intrascendente como ésta una novedad que no está implícita en su naturaleza. Era una imagen delicada. La irrefrenable debilidad de la mujer creció como un tallo hacia el sol, que vistió la escena con una original frescura. Gabriel Oak no pudo resistirse a sacar ciertas conclusiones mientras la observaba, por más que su talante lo inclinara a mostrarse comprensivo. La muchacha no tenía necesidad alguna de mirarse en el espejo. No se ajustó el sombrero, ni se alisó el pelo, ni se explotó un granito; no hizo nada que indicase que eso fuera lo que la motivó a sacarlo. Se limitó a observarse como un buen espécimen de la naturaleza del género femenino, mientras sus pensamientos parecían discurrir ha-

cia lejanos aunque probables dramas en los que los hombres interpretarían un papel principal: imágenes de posibles triunfos, pues la sonrisa era de las que sugieren que los corazones son cosas que se pierden y se ganan. Pero todo eran meras conjeturas, pues la acción se encadenó con una indiferencia que no permitía precipitarse a afirmar que la intención tuviese cabida en ella.

Se oyeron los pasos del carretero que regresaba. La muchacha envolvió el espejo en el papel y volvió a colocarlo en su sitio.

Cuando el carro hubo pasado, Gabriel abandonó su lugar de espionaje y echó a andar carretera abajo, seguido del vehículo, hasta la puerta del camino, un poco más allá del pie de la colina, donde el objeto de su contemplación se detuvo para pagar el derecho de tránsito. Se encontraba a unos veinte pasos de la puerta cuando oyó una disputa. Había una diferencia de dos peniques entre las personas que viajaban en el carro y el guardia del peaje.

—La sobrina del ama es la que manda, y dice que en su opinión lo que le he ofrecido es suficiente, miserable avaro, y que no está dispuesta a pagar más —fueron las palabras del carretero.

—Muy bien; en ese caso la sobrina del ama no puede pasar —dijo el guardián, cerrando la puerta.

Oak miró uno por uno a los contendientes y le pareció como si estuviera soñando. Dos peniques era una cantidad insignificante. Tres peniques tenían definitivamente un valor monetario, suponían una mengua considerable del jornal diario y, como tal, el regateo estaba justificado, pero, dos peniques...

—Tenga —dijo, dando un paso al frente y ofreciéndole al guardia una moneda de dos peniques—. Deje pasar a la joven. —Fue entonces cuando la miró; ella escuchó sus palabras y bajó la vista.

Los rasgos de Gabriel se aferraban con absoluta exactitud a la línea que separa la belleza de san Juan de la feal-